

Capítulo I

Introducción

La mujer en México cada vez tiene un lugar más importante en la sociedad, tanto en el hogar como en el campo profesional. Sin embargo, el sistema social establecido en este país ha provocado que el sexo femenino se vea rebajado en cuestiones tan elementales como el medio laboral, social y familiar.

La continua búsqueda de la igualdad ha permitido que estas limitaciones, a través de los años se presenten en menor medida; sin embargo, existen muchos obstáculos culturales y mentales que aún deben ser eliminados, para que el papel de la mujer en la sociedad se valore como es debido.

La hipótesis en esta investigación se determina conforme a la idea de que las estudiantes de la Universidad de las Américas –Puebla tienen un bajo nivel de autoestima.

Es por esto que se tomó la decisión de diagnosticar la autoestima de las estudiantes de la Universidad de las Américas – Puebla, mediante una encuesta con la que se obtuvieron los resultados para llevar a cabo el análisis esperado.

En el primer capítulo, se presentan los antecedentes de la mujer en el mundo, la manera en que han sido vistas socialmente a través del tiempo; desde la Biblia hasta filósofos y estudiosos reconocidos. Los cuales, en muchos casos, han humillado a la mujer haciéndola ver como un objeto y como la eterna esclava del hombre. En el capítulo dos, se darán a conocer los conceptos de autoestima y de autoconcepto, así como las diferentes consecuencias que pueden producirse a partir de un bajo nivel de autoestima.

Con base en esta información, se utilizó el Inventario de Autoestima de Coopersmith para diagnosticar la autoestima de 320 alumnas de toda la UDLAP.

Por último, en los dos últimos capítulos, se llevará a cabo el análisis de los resultados y posteriormente la conclusión de este trabajo de investigación.

1. Antecedentes de la sumisión de la mujer

En América Latina encontramos a la mujer fuertemente limitada en sus posibilidades de desarrollo e integración social. Por un lado, su condición de mujer determina su vida en función de uno de los roles que es capaz de realizar, hasta el punto que a veces aparecen como sinónimos ser mujer y madre. Por el otro, las estructuras sociopolíticas económicas existentes, características de sociedades dependientes, ofrecen muy limitadas posibilidades de desarrollo económico y social. Como resultado de esta doble barrera encontramos a la mujer latinoamericana doblemente marginada; repetidamente dependiente (Elu, M. 1975:7).

En este mismo sentido, la escritora argentina Liliana Mizrahi en su libro La mujer y la culpa en el capítulo “Tan joven y tan oxidada”, dice: *Hace mucho tiempo caía a menudo en meditaciones inquietas, suspiraba y necesitaba mucho de los demás para creer en mí misma; de lo contrario me perdía con facilidad en hondos vacíos circulares* (1994:15).

De esta afirmación podemos descifrar la manera de pensar de la mayoría de las mujeres mexicanas, siempre buscando la felicidad ajena sin pensar en la suya; pareciera que ese es el destino de la mujer en general, como nos muestra la misma Mizrahi con una cita del **Génesis**: “*Y Dios dijo a la mujer: ‘Yo multiplicaré tus afanes y tu gravidez. Parirás a los hijos con dolor. Estarás sujeta al poder del varón y él te dominará’*” (1994:25).

Con esta cita de la Biblia podemos darnos cuenta de la manera de pensar acerca de las mujeres, siempre haciéndolas menos; esta inferioridad ha sido justificada a lo largo del tiempo, como lo describe Silvia Marina Arrom en el libro The women of México city, 1790-1857 (1985:71) la inferioridad de la mujer es debida en gran parte a su debilidad física. Esta debilidad era puesta en evidencia con la fuerza que demostraba el hombre al tener que morir después de su compañera femenina; ya que él era el encargado de proteger a la familia. Siendo el papel reproductor de la mujer otro factor para su inferioridad, la ley

las definía como seres sexuales necesitados de protección. Ésta explicaba cómo el hombre tenía todo el derecho de controlar la conducta sexual de su esposa e hijas, teniendo como base que ellas eran las perpetuadoras del linaje.

El libro La mujer y la culpa, (Mizrahi, L., 1994:25) contiene algunas citas de algunos escritores, pensadores y libros en donde hablan de la condición de la mujer; como las **Leyes de Manú** que dicen en un párrafo: *Durante la infancia una hembra debe ser sometida a su padre, en la juventud a su marido, cuando su señor ha muerto a sus hijos. Una mujer no debe ser jamás independiente. Por cuanto un marido pueda ser lejano de cualquier virtud o libertino o privado buenas cualidades, una esposa fiel debe constantemente adorarlo como a un Dios.*

*Vuestras mujeres son un campo para vosotros: vayan entonces a vuestro campo como mejor les plazca, **El Corán.***

*No está bien, y por muchas razones, que una mujer estudie y sepa tantas cosas, **Moliere.***

*La mujer está hecha para ceder al hombre y para soportar también sus injusticias, **Rousseau.***

*La mujer no pertenece a sí misma sino al hombre... El hombre es el administrador de todos sus derechos, él es un representante natural en el Estado y en la sociedad entera, **Fitche.***

*Las mujeres pueden tener hallazgos, gusto, delicadeza, pero no tienen ideales... El destino de la joven es esencialmente relación matrimonial, **Hegel.***

*La mujer casada es una esclava que necesita saber montar un trono, **Balzac.***

*La felicidad del hombre es: yo quiero. La felicidad de la mujer dice: él quiere, **Nietzsche.***

Se duda en decirlo, pero no puede sustraerse a la idea de que el nivel de lo que es éticamente normal, para la mujer, es diferente, Freud.

1.1 La mujer y la culpa

La culpa es algo que las mujeres sentían desde el momento de nacer, o muchas veces, en la actualidad siguen sintiendo; como lo expresa Mizrahi en el libro del mismo nombre (1994).

La culpa es el instrumento más efectivo para neutralizarnos como sujetos autónomos.

El miedo a la culpa se expresa de manera organizada a través de una lógica sacrificial que nos induce demorarnos, postergarnos e inmolarnos. Se instala el “no puedo”, “no debo”, “no tengo derecho”, “no tengo tiempo”, “no tengo capacidad”, “soy chica”, “soy grande”, “soy fea”, “soy pobre”, “soy tonta”, “mis hijos”, “mi marido”, “mis padres”, “ahora no”, “la situación económica”, “el país”..., se construye la estructura fundante de las mujeres como “seres-postergados”.

El “no-sé-qué-hacer-con-mi-vida”, o bien el sentimiento de frustración generalizado de muchas mujeres que no encuentran respuesta a sus inquietudes ni posibilidades de realizar sus vocaciones son síntomas de deseos infinitamente postergados por un sistema de culpas que descarta cualquier pretensión de trascendencia individual. Nuestro “ser-para-sí” se transforma en “ser-para-otros” y/o “ser-contra-sí”. Nuestra conciencia manipulada se vuelve contra nosotras mismas.

Las religiones nos encadenan, los mitos inventan y multiplican nuestras culpas, la filosofía nos descalifica como sujeto, la teología medita y discute la posibilidad de que tengamos alma. La literatura no sabe ya de qué disfrazarnos, las leyes nos imponen tutor y no se nos reconoce entidad jurídica. La ciencia intenta demostrar nuestra inferioridad biológica. La cultura que pretende precisar qué cosa es nuestra naturaleza, por siglos amplió y restringió sus límites y de ese modo impuso conductas.

Quedamos recluidas en estas definiciones donde nuestro espacio, nuestro rol y nuestras obligaciones han sido atribuidas en función de “las-necesidades-de-los-otros”.

Para esta cultura totalitaria, fundada en la coerción, nada mejor que mujeres que ponen la otra mejilla (Mizrahi, L.,1994:27-31).

Por otro lado, Riera y Valenciano, en su libro Las mujeres de los 90: el largo trayecto de los jóvenes hacia la emancipación (1993), también nos hablan de la inferioridad que se pensaba o se piensa tiene la mujer.

A lo largo de la historia, esta “condición femenina”, construir a partir del destino maternal de las mujeres, se ha ido modificando. Hasta hace bien poco no se trataba sólo de que hombres y mujeres eran diferentes sino de que éstas eran claramente inferiores y así lo argumentaba la ciencia, la normatizaba el Derecho y lo bendecía la Iglesia.

El hecho de ser sexualmente mujer comporta, según algunas teorías unas consecuencias que van mucho más allá de los rasgos biológicos, condicionando una personalidad muy distinta del otro sexo.

La virilidad y la femineidad serían las “condiciones” que expresarían la identidad de uno y de otro sexo. Estas teorías aceptan, por supuesto, que dichas características no son estáticas sino que se van amoldando a los cambios que se produzcan en la sociedad. Pero estos cambios no afectarán la esencia de unas diferencias que son consecuencia de algo inamovible: su anatomía.

La socialización de las niñas debe conducir al objetivo de que sean mujeres “femeninas”, porque así podrán desarrollar sus capacidades innatas y jugar el papel que la sociedad espera de ellas.

“Muchas de las características femeniles están reconocidas por su semejanza con las bestias; ante todo la carencia de opinión propia como los animales obran desde tiempo inmemorial, y así el ser humano se hallaría estacionado en un estado originario si no existieran más que mujeres”. Éste es un texto “científico” escrito hace poco más de un siglo.

En el siglo XIX varios científicos argumentaron que el cerebro de la mujer y el del hombre eran diferentes (ya fuera por su peso, por sus circunvoluciones o por el tamaño de cada una de sus partes) lo que sin duda, demostraba la inferioridad de la capacidad intelectual de las mujeres y, por el contrario, su mejor disposición para la emotividad o el amor a los hijos.

Freud y el psicoanálisis han sido otro puntal para argumentar la dependencia e inferioridad de las mujeres respecto a los hombres. Sus teorías parten de dos consideraciones que condicionan todo su desarrollo y, lógicamente, sus conclusiones son deterministas: “la anatomía marca su destino”. Freud considera a las mujeres biológicamente inferiores a los hombres. De ahí la “envidia del pene”, la necesidad de sustituirlo por un niño y el hecho de que el “super-ego” de las mujeres sea más débil que el de los hombres (Riera, J.M. y Valenciano, E., 1993:165-167).

1.2 La mujer y el trabajo

Así, los años han pasado y las generaciones han cambiado, y aunque las mujeres cada vez van saliendo de esta dependencia todavía les queda un gran camino por recorrer, sobre todo en Latinoamérica, como lo dicen Elsa Chaney y Marianne Schmink en 1975 en el libro La mujer en América Latina (.1975:32): *El hecho de que la modernización cree un tercer sector compensa en muy poco a las mujeres. En las economías en desarrollo, el empleo*

para las mujeres en el sector de servicios significa para ellas un trabajo inseguro, de bajo nivel y mal pagado, como sirvientas (dos de cada cinco mujeres trabajan de sirvientas en América Latina); como vendedoras callejeras y empleadas; como prostitutas, como oficinista de bajo sueldo.

En el caso del trabajo doméstico, los diversos estudios confirman que éste es realizado mayoritariamente por mujeres, durante jornadas más largas que las que rigen en el mercado laboral; en el libro Mujer, género y población en México, García Guzmán, Blanco Sánchez y Gómez Muñoz (1999:276) nos dan los resultados de estos estudios, siendo que en 1993 más del 80% de las mujeres de 12 años en adelante realizan algún tipo de labor doméstica; teniendo en contraste con un 25% de los hombres. Además los censos poblacionales indican que el aumento de la población activa femenina ha sido mucho más gradual; ya que en 1950 13% de las mujeres de 12 años y más se registraron como económicamente activas; 17% en 1970 y 19% en 1990 (:279).

1.3 La mujer y la política

Alejandra Massolo dice algo que las mujeres latinas han vivido durante bastante tiempo, una forma de pensar que ha formado parte de la sociedad latinoamericana:

Las mujeres en el hogar y los hombres en la plaza. “A cada quien su lugar”, es una idea, pensada y dicha de una u otra manera, que a lo largo del tiempo ha concebido la naturaleza de la política y la distinta vinculación de los sexos con las actividades y fines de la esfera pública política. Resultado del impacto del movimiento social feminista, desde los años setenta los estudios de la mujer lograron abrir y legitimar espacios académicos, que también abarcaron a las ciencias políticas, sometiéndolas a revisiones críticas, nuevos puntos de vista y términos del debate (1994:13).

En algunas sociedades las mujeres destacan como comerciantes, venden telas, ropa y pequeños artículos (Chaney, E. y Schmink, M.,1975:33). Aunque estas observaciones

fueron hechas hace más de 20 años, aún existe un porcentaje muy alto de este tipo de trabajo y desarrollo económico de la mujer latina. Siendo ahora en el 2000 más independiente y con mayor oportunidad laboral y política que incluso muchos hombres desearían. Sin embargo, esta actividad política se ha visto limitada debido a algunos paradigmas que se tienen con respecto a las inclinaciones de las mujeres.

En América Latina se ve a las mujeres en la política con una responsabilidad particular hacia las instituciones primarias y ocupándose de los asuntos “domésticos” de la sociedad y de la nación: la suerte de la mujer, del niño, del viejo, del enfermo, del delincuente juvenil. Por el contrario, se cree que los hombres tienen sus tareas primarias en las instituciones secundarias, precisamente en el campo en el que aparecen los instrumentos: la industrialización, el transporte, las comunicaciones, la modernización agrícola (Chaney, E. y Schmink, M.,1975:41).

Este año según la página www.inmujeres.gob.mx , existe un porcentaje menor de mujeres que hombres ocupando cargos públicos: 3.5% de los Presidentes municipales, 16% diputadas y 15.6% son senadoras. Por otro lado de los candidatos registrados el 6 de julio de 1997 fueron mujeres 17.95% del PAN, 27.07% del PRI, 24.25% del PRD, y 28.01% del PT (www.inegi.gob.mx).

Según el libro Los medios y los modos. Participación política y acción colectiva de las mujeres, escrito por Alejandra Massolo en 1994, las mujeres en un principio no aprovechaban la oportunidad de votar que les dio el gobierno de Lázaro Cárdenas en 1938:

Tanto batallar por el derecho al sufragio y resultó que las mujeres votan menos que los hombres en las elecciones; es decir, que son más abstencionistas a la vez que tienen menor inscripción de membresía en partidos. Rechazada rotundamente la ideología que supone una “natural” indiferencia y apatía de las mujeres respecto de las actividades y responsabilidades cívicas, se encuentran las razones en factores que tienen fuerte incidencia, como el paradigma masculino que ha hegemonizado el espacio y quehacer político; la identificación de la mujer con el ámbito privado doméstico y la influencia de las normas religiosas; la no correspondencia entre las necesidades e intereses femeninos y las ofertas partidistas; la carencia de sentido de eficacia política que ellas perciben de sí mismas, y la dependencia de las mujeres de la autoridad masculina con la que conviven en sus vidas cotidianas (Massolo, A.,1994:24).

Una de las razones por las cuales la mujer no estaba o está interesada en votar es por la costumbre, o mejor dicho la educación de ser siempre la encargada de la casa, sin privilegios de estudiar una carrera o trabajar, como se dijo en los párrafos anteriores, la mujer sólo era educada para ser una buena esposa y madre; pero al mismo tiempo, a pesar de ser la mujer encargada de la casa no es la “jefa” de la casa, como lo demuestran las estadísticas del INEGI; en las familias conformadas por papá y mamá, los hombres jefes de la casa son un 79.4% y las mujeres son un 20.6%.

1.4 La mujer y la sociedad actual

En la página www.inmujeres.gob.mx se encontraron los resultados de una investigación hecha por el INEGI en el año 2000, éstos nos dan cifras importantes acerca de la participación de las mujeres y los hombres en el mantenimiento del hogar y su participación económica. La participación en el trabajo doméstico fue de un 95.4% de las mujeres y un 52.7% de los hombres.

Sobre este tema se encontraron 2 artículos en la página www.mujeractual.com en donde se habla acerca del papel de la mujer profesional y ama de casa, la cual cada vez es más frecuente encontrar en las familias mexicanas.

La lucha por hacer valer los méritos que nos significan, nos sitúan en posición de “demostrar”, en lo público, lo que se les supone a los varones. Nuestra sociedad actual está construida sobre un pacto de división sexual de trabajo, histórico y tácito, que ha adscrito al género femenino a lo privado y al género masculino a lo público, al tiempo que ha dado prevalencia a este último sobre aquél al que considera subsidiario, al igual que a quienes han de desempeñar las tareas que genera (www.mujeractual.com: 2000).

En esta misma página encontramos algunas cifras importantes respecto a este tema:

En México 4 de cada 5 hogares están dirigidos por un hombre, pero el 94% de mujeres que trabajan fuera del hogar asumen también las tareas domésticas.

En el ámbito laboral participan un tercio de las mexicanas pero en condiciones de clara desigualdad. Las obreras ganan 67% menos en promedio que los obreros, la diferencia entre profesionales es del 34%, en tanto que funcionarios perciben ingresos un 43.2% más altos que las mujeres del mismo nivel.

En los espacios de poder público el retraso es notable. El 90% de los funcionarios de alto nivel son hombres y ninguna mujer ha ocupado el cargo de Presidenta del país.

Cada vez son más las mujeres que se incorporan al mundo laboral, más las que buscan su realización personal en terreno profesional y más las que adquieren compromisos sociales. Llego la liberalización de la mujer, el feminismo, nuestra voz se alza y pedimos igualdad en condiciones laborales, exigimos equiparación de salarios. Pero... ¿qué ocurre cuando llegamos a casa? (www.mujeractual.com: 2000).

Lamentablemente aún no podemos hablar de igualdad en el hogar, pues los hombres no intervienen lo suficiente en las tareas domésticas, siguen siendo las mujeres las que organizan y se responsabilizan de los quehaceres del hogar, viendo multiplicada su jornada diaria (www.mujeractual.com:2000).

Nuestras mamás se sienten imprescindibles y responsables de todo lo que ocurre en el hogar, incluso tienen remordimientos cuando sus hijos enferman y no pueden estar con ellos porque tienen que ir a trabajar, o cuando van al cine o salen a cenar con sus amigas o en parejas y han dejado los platos sin lavar.

Según este mismo artículo de la página www.mujeractual.com (2000) los latinos son los hombres que menos colaboran en el hogar o el cuidado de los niños, aunque hemos de decir a su favor que muchas veces somos las propias mujeres las culpables de que esta situación se perpetúe.

1.5 Justificación

En la mayoría de las sociedades y específicamente en la mexicana, la mujer ha sido vista como la acompañante del hombre, la encargada de reproducir y de cuidar a la familia. Incluso si observamos su comportamiento en la sociedad y su participación en la toma de decisiones, encontraremos que la mujer no ha sido tomada en cuenta. Como en el caso del voto, en donde tuvieron este derecho desde el siglo pasado y aún así ya nos sentimos tan abajo del hombre que hemos tenido que luchar muy fuerte en contra del abstencionismo femenino y su ocupación en cargos públicos.

Una de las razones por las cuales la mujer no estaba o está interesada en votar es por la costumbre, o mejor dicho la educación de ser siempre la encargada de la casa, sin privilegios de estudiar una carrera o trabajar, como dije en los párrafos anteriores, la mujer sólo era educada para ser una buena esposa y madre; pero al mismo tiempo, a pesar de ser la mujer la encargada de la casa, cuando hay un hombre, no es la “jefa” de ésta.

En este aspecto el tema de machismo juega un papel muy importante, como lo dice la página www.edunet.es definiéndolo como el *conjunto de actitudes y comportamientos que rebajan la dignidad de la mujer*, y dándonos el ejemplo de que un hombre limite o estorbe el acceso de la mujer a la universidad, a la cultura o a los puestos de dirección; y que además, intente que la mujer piense, vista o se comporte como él lo desee, y considerarla como objeto sexual para su uso y su gusto.

Teniendo como base estos factores sociales, sabemos que existe el problema de baja autoestima en la mujer, resultando así en algunas ocasiones en problemas de depresión y sus consecuencias, así como trastornos alimenticios debido a la baja autoestima de la o la afectada.